

Duani. El odio. La Revolución.

Un adiós sin adiós.
Estúpidos y clandestinos. No nos dimos cuenta de nada. O tal vez sí.
Geniales y resabiosos. Ridículos y genitales. Amantes espectaculares entre la nada política y el dolor corporal. Locos. O tal vez no tanto.
Fuimos todo eso y aún más.
Y fuimos, también, a la ciudad de nombre más sangriento de América.
Matanzas.
Energúmena imagen: un adiós sin adiós.
Y aún más.
La Revolución. El odio. Duani.

Matanzas a las 9 y media.

De la mañana. De enero.
Teníamos frialdad.
Nos subimos en la baranda del puente metálico del Yumurí.
Equilibrados. Sin miedo. Sin terror.
Duani me dijo:
–¿En esta ciudad amaste a una mujer?
Y yo le dije:
–Sí.
Y nos dimos un largo beso en la boca.
Todavía equilibrados. Sin miedo. Sin terror.
Todavía todo muy tierno.
Y nos hicimos una foto magnífica. De hecho, nos la hizo una adolescente de uniforme que pasaba entre Duani y yo.
Nos hubiera gustado retratarla nosotros a

–No sé. Por si acaso, Landy –y me repitió–: Llévame a verla, por favor.

Fuimos.

El barrio de La Marina arrastraba eones de tedio y manantiales de agua albañal. Excepto uno.
Aún quedaba un manantial cristalino y potable.
Y hasta allí fuimos, Duani y yo.
A meternos en sus aguas mitad milagrosas y mitad obsoletas. A pedirle a mi antiguo amor que nos dejara beber del milagro. Y a bañarnos. Restregarnos, desnudos, de madrugada, si no era mucho pedir.

una vida en provincia. Matanzas, La Tenia de Cuba.

Subimos por Milanés hasta el Parque de la Libertad. Retraté las tetas paradas de la Libertad, una estatua desnuda que huía del Apóstol de alguna frustrada revolución. A esta causalidad la llaman *historia patria* y constituye, aunque parezca lo contrario, una asignatura prohibida desde la escuela primaria hasta la universidad.

Doblamos por el cine en ruinas hacia el Yumurí, Ayuntamiento abajo. En cinco o seis cuadras agotamos un par de rollos. Dos Lucky´s chinos de 36 cada uno. Lo más barato y súperamateur. Matanzas tampoco se merecía mucho más. 72 navajazos de mi obturador, a lo largo y estrecho de mi teleobjetivo.

pardo lazo, orlando luis • pardo lazo, orlando luis • pardo lazo, orlando luis

duani, adiós a

pardo lazo, orlando luis • pardo lazo, orlando luis • pardo lazo, orlando luis

Cogimos un taxi particular.

5 dólares por cabeza. Toda nuestra fortuna secreta. O casi.
Pero valió la pena. Porque en hora y media llegamos.
De La Habana a Matanzas en un Chevrolet Impala del 59. Un Cola de Pato. Un prodigio. Una herejía fósil de la prehistoria republicana. Una máquina del tiempo a 110 km/h.
110 kilómetros por historia.
110 kilómeses por hora. Miles de años al otro lado de la ventanilla, quedando atrás bajo el solecito monocromo invernal.
Música de discoteca en la reproductora digital.
Comenzaba el mes y el año.
Comenzaba el siglo y el milenio.
Comenzábamos, también, Duani y yo.
A terminar.

ella. Conservarla para nuestra presunta intimidad.

Enero prometía. Demasiado tal vez.
Aunque los dos ya pensábamos en los colores invasivos de una traición. En decir adiós sin decir adiós, como leímos durante el viaje en una pésima traducción literaria que a ambos nos fascinó.

Y también pensábamos en el odio, Duani y yo. Lo sopesábamos.
Y, por supuesto, en el destino o desatino que implica toda Revolución.

–Landy, llévame a verla –me pidió.

–¿A quién? –le dije.
–A tu antiguo amor –me dijo–. Llévame a ver a lan.
–Duani, para eso vinimos, ¿no?

Porque nos sentíamos hermosos y libres, y veníamos muy cansados desde otra extranjera ciudad (mentira, mentira: en Impala, La Habana queda al doblar de la esquina). Porque en Matanzas nos íbamos a amar para siempre, y nos lo merecíamos después de tanto deseo en falso y tanta tonta incomunicación (mentira, mentira: Duani y yo estábamos en peligro mudo también, como todos). Porque ya era suficiente odio en actos y suficiente amor en discurso a nombre de una palabra, Revolución (mentira, mentira: el odio sedimentaba en cada una de nuestras miradas y la Revolución era un recuerdo vago que a nadie podría ya dañar).

Yo llevaba mi cámara.

Canon semipro. Cañón semiprofesional para hacer añicos los encuadres intestinos de

Cuando llegamos a la orilla podrida del Yumurí, abracé a Duani por detrás.

–Es allí –le indiqué.
Duani se estremeció levemente. No miré, pero era obvio que estaba a punto de reventar a llorar.

Por un instante, supongo, los dos entendimos lo que hubiera podido ser el amor sin nuestra liberadora manía de decir adiós.

Rebasado este punto, el resto de la historia es probable que esté de más.
O es sólo eso. Un resto.

Mejor así.

Que sobre.

Yo tenía 36 años. Ella 23.

Y entre los dos acumulábamos suficiente barbarie como para salir a matar o hacernos matar.

El *Aullido* de Ginsberg nos divertía. Una chiquillada de homosexual civil. Yanqui, como toda la libertad que alguna vez ha sido puesta en blanco y negro sobre el papel.

El *Grito* de Munch no era mucho más que una estilizada representación.

Alto arte.

Mentiras bajas.

Metapingonas de intelectual.

Duani y yo nos entendíamos muy bien en cualquier registro.

Hay que sumar 59 años en Cuba para después aproximarse a la noción del horror.

A la nación del horror.

Ella tenía 23 años. Yo 36.

Sumandos perfectos, Duani y yo.

Y entre los dos ya no teníamos inercia para acumular ni barbarie ni nada.

Esa noche, nos quedamos pornográficamente en el cuarto y la cama de mi antiguo amor. Ian.

Los capítulos 8 son siempre así. Una incesante madrugada erecta, una trampa sin fin. Ni fin. Un signo de porno infinito, no acostado sino de pie.

Y justo así lo hicimos Duani y yo, bajo un falso techo abofado de La Marina. Los dos de pie.

Asomados a las persianas que se abrían sobre el último manantial potable del río Yumurí. Sin movernos apenas. Sin tocarnos por fuera. Clavados y en paz. Sin respirar y sin asfixiarnos, hasta el desmayo final, todavía los dos de pie. Ya no tan tierno.

Su pelo olía a no podría nombrar ahora qué. Pero entonces olía y es eso lo que más recuerdo de ella.

Para eso es que se hace el amor, supongo. Para conservar un impronunciable detalle. Para esquivar durante un instante las rachas del odio patrio. Para calmar las ronchas histéricas de toda revolución, pasto de historiadores y salpullido de los que sólo aspiran a fornicar, como Duani y yo. Y también para venirmos a dúo sin hacer caso a los ronquidos tan mal fingidos de mi antiguo amor.

Ian tumbada inerte en una esquina de su propia cama. Ian tendida sin ropas en un rincón de su propio cuarto. Ian inevitable y

ausente desde una provincia intestinal. Ian incapaz de dormir o ponerse por fin de pie y pronunciar en silencio:

–Yo también, por favor.

Pero no. Esa única noche mi antiguo amor nos dejaría hacer limpiamente, a Duani y a mí.

Ian sin protestar ni sumarse.

Ian en la orgía más solitaria y triste del universo, desde ahora y por el resto de los meses de enero y de los años 2000.

Sólo eso.

Restos.

Una resta a falta de memoria o exceso de abulia para repetir las podridas tablas de multiplicar.

Amanecemos los tres.

Aquel era el fin, intuí.

Desayunamos. Nos tratamos con gentil cortesia insecular. Diplomacia del vacío, cuando no del odio al cuerpo del otro.

Como si fuéramos viejos conocidos que el azar ha reunido en el exilio de un cuarto donde no se ha hecho el amor.

Como si no nos amáramos los tres. Estúpidos y clandestinos.

Como si no nos diéramos cuenta de lo que nos pasaba. O tal vez sí.

Geniales y resabiosos. Entre la nata genital de la nada y una locura política que saltaba de lo posrevolucionario para caer ridículamente en lo antiteatral. O tal vez no tanto.

Como si no supiéramos que nadie nunca antes había sido capaz de escribir o pintar una escena así. Ni Ginsberg ni Munch. Excepto acaso yo hoy.

Yo, entonces.

Aunque ahora ya sobre.

Mejor así.

Volver a La Habana.

La Hanada.

Alquilar de vuelta un Chevrolet Impala del 59. Un Cola de Pato.

Pedir dinero en Matanzas. 5 dólares por cabeza. Nuestro último gesto de confianza en que los tres muy pronto nos volveríamos a reunir.

Un pacto con el futuro. Un acto de fe.

Una deuda, una duda.

Nuestra penúltima traición a trío.

110 km/h. Otra vez solos en la carretera. Duani, el odio, la Revolución y yo.

Socialipsismo pacatamente invernal.

La Hanada.

Volver a La Habana.

La boca del túnel me resulta siempre un misterio.

Una luz que te ciega y atrae. Edificios, árboles y señales de tráfico. Y nunca sabes en cuál ciudad vas a desembocar.

Salimos a Prado. Nos quedamos en el Capitolio.

El cielo estaba color gris militar. Encapotado de oliva. Una gasa enchumbada en sepia.

Nos sentamos en la escalinata y nos pusimos a contemplarlo.

Era lo mejor que podía hacerse a esa hora, poco antes del mediodía en la capital.

–No le gusté a Ian, supongo –pronunció sin mirarme Duani.

–Supongo que no –pronuncié sin mirarla yo.

Un policía nos hacía gestos obscenos desde la acera. Con su batón nos indicaba que estaba prohibido mirar hacia arriba allí. O prohibido hablar sin mirarse allí. Cualquier argumento ahora podría ser confundido con la verdad.

110 kilómetros por Habana.

Lo obedecemos en silencio perfecto. Y nos retiramos, cada cual por su lado.

Sin odio. Sin adiós.

Sin buscar un culpable en el clima enraecido de enero. Ni en nuestra estúpida clandestinidad. Ni en nuestra rabia genial. Ni en nuestros desplazamientos inmóviles a lo largo y estrecho del mapa inventado en nuestras cabezas, buscando algún escenario imposible donde desnudarnos y fornicar.

Hermosos y libres. Como las tetas desencadenadas de la estatua de la Libertad (los rollos Lucky's por cierto nunca los revelé). Como la historia sin histología de aquella frustrada revolución del Apóstol. Como la imagen perdida que Duani y yo buscamos desde la primera ocasión. Casi desde la primera oración.

Un adiós sin adiós.

–Teníamos que haber retratado a esa adolescente que nos retrató –fue lo último que oí de Duani–. Con su uniforme escolar.

Por supuesto, no las volví a ver. Nunca. A ninguna.

Tampoco sé si sería posible añadir algo más aquí.

Aunque por un instante me dé la impresión de que nada podría sobrar.

Ahora ya todo está de menos.

orlando

adiós a duani